

No olvidemos es todo un Bossuet, quien se queja así de su razon. ¿Y será la razon de cada hombre, la de aquel que nunca la ejerció, la del pobre ocupado solo en atender á las necesidades del cuerpo, la razon del mortal mas ignorante ó mas estúpido, la que deberá sondear la naturaleza de Dios y la del hombre, buscar las relaciones que los unen, y descubrir las leyes de la vida intelectual?

Finalmente la filosofia la confia este cuidado. Quiere que ella en materia de Religion sea el árbitro supremo, el juez soberano de la fe. « No atribuyamos nada, » dice, « al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de nuestros padres y pastores, empero acrisolemos al exámen de la conciencia y la razon todo cuanto desde nuestra niñez nos enseñaron. Vano es clamar-me : Sujeta tu razon ; lo mismo me puede decir el que me engañe ; para sujetar mi razon necesito razones.... No siendo ningun hombre de otra especie que yo, todo lo que un hombre conoce naturalmente puedo yo tambien conocerlo, y otro cualquiera puede engañarse como yo : cuando creo lo que él dice, no es por-

« que él lo dice, sino porque lo prueba *. Luego el testimonio de los hombres en el fondo no es otra cosa que el de mi razon misma, y nada añade á los medios naturales que Dios me ha dado para conocer la verdad. ¿Qué teneis pues que decirme, apóstol de la verdad, de que yo no quede hecho juez * ? »

Un apóstol de la verdad esperaria probablemente para responder á que se calmase algun tanto el parasismo del orgullo ; y luego no ten-

* ¿Qué es conocer naturalmente? ¿Es conocer por si mismo, sin algun auxilio exterior? Entonces nada conoceria el hombre naturalmente, ó seria su naturaleza la de no conocer nada. Si por el contrario su naturaleza como la de ser inteligente es la de conocer, *conoce el naturalmente* todo lo que aprende por el testimonio, sin el cual su inteligencia no puede ni nacer ni desenvolverse. Pero por consecuencia es falso que cuando el hombre cree lo que otro le dice, *no es porque él lo dice, sino porque lo prueba*; porque no se puede probar alguna cosa, sino al que ya conoce, y que, por consecuencia ha dado ya crédito sin prueba al testimonio. Luego el testimonio de los hombres, en el fondo no es *el de mi razon misma*; tanto dista de añadir nada á los medios naturales (ó individuales) que Dios me ha dado para conocer la verdad, que jamas conoceria la verdad con solos estos medios naturales (ó individuales), y que el medio natural que Dios me ha dado para conocer, es precisamente el testimonio de los demas hombres.

* Emilio, libro IV.

dria que hacer otra cosa sino escoger, entre los absurdos en que abunda este discurso, aquellos que fuese menos deshonroso refutar. Por lo que hace á mí, admito por ahora el principio filosófico, segun el cual cada hombre debe discernir la Religion verdadera por la sola razon.

Esto supuesto, ¿quién no pensará que la filosofia tiene una confianza ilimitada en la razon? ¿qué la cree capaz de discernir con certeza lo verdadero de lo falso, y de descubrir claramente todo aquello que importa al hombre conocer? Juzgue cualquiera.

« Nuestra razon, » Bayle es quien habla, « no es á propósito mas que para embrollarlo todo, y hacer dudar de todo; apenas ha edificado una obra cuando ya nos presenta los medios para arruinarla. Es una verdadera Penelope que por la noche deshace la tela que trabajó durante el dia. Así el mejor uso que puede hacerse de la filosofia, es conocer que ella es un camino de extravios, y que debemos buscar otra guia que es la luz revelada ».

² Dictionn. crit., art. *Bunel*, p. 740, col. 1. Edic. de 1720.

20 Segun Voltaire, « todo cuanto nos rodea está bajo el imperio de la duda ». D'Alembert le escribia sobre el *Sistema de la naturaleza*: « Este es un libro terrible. Sin embargo yo os confieso que acerca de la existencia de Dios, el autor me parece demasiado firme y demasiado dogmático, y á mi parecer en esta materia lo mas racional es el escepticismo. ¿Qué sabemos nosotros? esta es, á mi ver, la respuesta á casi todas las cuestiones metafísicas ».

Este mismo filósofo miraba como insolubles las objeciones de Berkeley contra la existencia de la materia que tambien parecia dudosa á Helvecio y á Condorcet. Diderot todo lo niega, lo cree todo y de todo duda, segun y como se le antoja á su imaginacion ardiente y voluble.

Mas para no citar sino los dejistas solos y entre estos solos los gefes, ¿en qué simbolo comun, en qué moral comun, han podido nunca convenir? Recordemos lo dicho sobre sus contradicciones é incertidumbres, cuando examinamos los fundamen-

¹ *Lettre de Voltaire à d'Alembert du 12 Octobre 1770.*

² *Lettre du 23 Juillet 1778.*

tos del segundo sistema de indiferencia ¹. Ellos no pueden estar seguros ni aun de los principales dogmas en que necesariamente se apoya toda religion. « La razon , » dice Rousseau , « puede dudar de la inmortalidad del alma ². » Voltaire va mas lejos; en su opinion « este sistema : no hay alma, el mas atrevido y asombroso de todos, en el fondo es el mas simple ³. »

El autor del *Emilio* admitia dos principios coexistentes de toda eternidad, Dios y la materia. Nunca se separó de esta opinion ⁴ que directamente conduce al ateismo. Por lo demas no dejaba de encontrar mucha dificultad en establecer la existencia de Dios por sola la razon. « No es necesario de poca monta, » dice, « conocer que existe Dios, y cuando hasta aquí hemos llegado, cuando nos preguntamos: ¿ Quién es? ¿ Dónde está? se confunde y se descarria nuestra inteligencia y no sabemos que pensar ⁵. »

¹ Véase la part. I, cap. IV y V.

² *Lettre à Voltaire du 18 Août 1756.*

³ *Lettre de Memmius.*

⁴ Véanse sus *Confesiones*; en el *Emilio* deja esta cuestion en duda.

⁵ *Emilio*, libro IV.

Si nuestro talento se confunde, se descarria, cuando nos preguntamos *que cosa es Dios*, no podemos formarnos de él ninguna nocion cierta. ¿ Cómo afirmaremos que es bueno, justo, poderoso, inteligente, *si no sabemos que pensar?* *El raciocinio no deja en nuestro espíritu mas que ideas confusas de la Divinidad* ¹, vos sois quien lo decis; añadis que vuestro espíritu se descarria cuando trata de resolver esta cuestion ¿ qué cosa es Dios? y que por tanto no podemos conocer ninguno de sus atributos. Estos atributos forman sin embargo parte de las *verdades eternas que vuestro espíritu concibe*, pues que segun vos, *solo por ellos concebimos la esencia divina* ². ¿ Qué concluirémos pues de vuestros principios? Quiero que respondais vos mismo: « Si las verdades eternas que mi espíritu concibe pudiesen padecer algun género de duda, ya no habria para mí *ninguna especie de certidumbre*, y lejos de estar seguro de que me hablais de parte de Dios, ni aun estaria seguro de que

¹ *Emilio*, libro IV.

² *Ibid.*

« existe ¹. » Se ve pues que la lógica arrastra, y, á pesar de vuestra resistencia, os impele hasta el escepticismo absoluto.

Por lo demas no tenemos necesidad de largos racionios para refutar vuestro sistema; nos basta con vuestras concesiones. ¿ Qué pretendéis? Que sujetemos al exámen de la razon todo cuanto se nos enseñó desde la niñez. He aqui lo que nos pedis, oid lo que contestamos: « Con mucha frecuencia la razon nos engaña; demasiado derecho hemos adquirido para recusarla ². »

« Decirme, » añadís, « que sujete mi razon, es ultrajar á su autor ³. Necesito razones para sujetar mi razon ⁴. La fe se asegura y afirma por el entendimiento. ⁵ » Vos mismo no pensáis así seguramente pues que decis. « Sin la conciencia, nada siento en mí que sobre los brutos me encumbra, como no sea el privilegio triste de descarriarme de errores en errores en pos

¹ *Emilio*, libro IV.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

« de un entendimiento sin regla, y de una razon sin principios ¹. »

¿ No son estas, dos admirables guías para dirigirnos en las importantes indagaciones de que depende nuestra salud eterna? Porque al fin, « entre tantas religiones diversas que recíprocamente se proscriben y se excluyen una sola es la buena, si hay alguna que lo sea. Para reconocerla no basta con examinar una, es preciso examinarlas todas, que en materia ninguna debemos condenar sin oír; es preciso comparar las objeciones con las pruebas; es preciso saber lo que opone cada uno á los demas, y lo que les responde. Cuanto mas demostrada nos parezca una opinion, tanto mas debemos inquirir en que se fundan tantos hombres para no contrarla tal. Solo siendo muy tonto se puede creer basta oír á los doctores de su partido, para instruirse en las razones del partido contrario..... Se luce cada uno en su partido; empero tal hay que en medio de los suyos está muy ufano con sus pruebas, y que haria un papel muy tonto con estas mismas pruebas entre los

¹ *Emilio*, libro IV.

« de otro partido. Quereis instruiros por medio
 « de los libros, ¡ cuánta erudicion es necesario ad-
 « quirir, cuántas lenguas es preciso aprender,
 « cuántas bibliotecas que registrar, qué inmensa
 « lectura es indispensable! ¿ Quién me guiará
 « en la eleccion? Con mucha dificultad se encon-
 « trarán en un pais los mejores libros del parti-
 « do contrario, y con mayor los de todos los par-
 « tidos; aun quando se les hallase, estarian muy
 « pronto refutados. El que está ausente, siempre
 « pierde, y algunas malas razones, presentadas
 « con firmeza, borrarán fácilmente las buenas ex-
 « puestas con desprecio. Por otra parte muchas
 « veces los libros nos engañan y no trasladan
 « fielmente los sentimientos de los que los escri-
 « bieron..... Para juzgar bien de una religion no
 « se debe estudiar en los libros de sus sectarios,
 « es necesario aprenderla entre ellos; hay mu-
 « cha diferencia. Cada uno tiene sus tradiciones,
 « sus sentidos, sus usos, sus preocupaciones,
 « que forman el espíritu de su creencia, y que
 « es indispensable unir á ella para juzgar bien.»
 « ¡ Cuántos pueblos grandes no imprimen li-
 « bros, ni leen los nuestros! ¿ Cómo han de for-

« mar juicio de nuestras opiniones? ¿ cómo juz-
 « garémos nosotros de las suyas? Nos burlamos
 « de ellos, y ellos de nosotros: no conocen nues-
 « tras razones, ni nosotros las suyas, y si nues-
 « tros viageros los ridiculizan, ellos harian otro
 « tanto si viajasen entre nosotros. ¿ En qué pais
 « no se hallarán hombres sensatos, hombres de
 « buena fe, hombres de bien, amigos de la ver-
 « dad que solo esperan conocerla para abrazar-
 « la? Sin embargo cada uno la ve en su culto, y
 « mira como absurdos los de las demas nacio-
 « nes; luego ú estos cultos extraños no son tan
 « extravagantes como á nosotros nos parece, ó
 « la razon que hallamos en los nuestros nada
 « prueba... De donde se sigue, que si no hay
 « mas que una religion verdadera, y si todo
 « hombre está obligado á seguirla so pena de
 « condenacion, es necesario emplear la vida en
 « estudiarlas todas, profundizarlas, comparar-
 « las, y recorrer los paises en que están esta-
 « blecidas. Ninguno está exento de la primera

De donde se sigue que buscando como lo quiere Rousseau la verdadera religion por el raciocinio, se ve uno forzado a concluir

« obligación del hombre; ninguno tiene derecho
 « para fiarse en el juicio de otro. El artesano
 « que no vive mas que de su trabajo, el labrador
 « que no sabe leer, la doncella delicada y timi-
 « da, el enfermo que apenas puede salir del le-
 « cho, todos sin excepcion deben estudiar, me-
 « ditar, disputar, viajar, recorrer el mundo; no
 « habrá ya pueblo fijo ni estable, la tierra toda
 « estará cubierta de peregrinos que irán y ven-
 « drán á toda costa y con grandes fatigas, á ve-
 « rificar, comparar, examinar por sí mismos los
 « diversos cultos que en cada pais se siguen. En-
 « tonces adios oficios, adios artes, adios ciencias
 « humanas y toda ocupacion civil, no podrá ya
 « haber otro estudio que el de la religion; y con
 « mucho trabajo aquel que haya gozado de la sa-
 « lud mas robusta, empleado mejor su tiempo,
 « usado mejor de su razon, vivido mas años, sa-

lo primero: que entre tantas religiones diversas, una sola es la buena ó la verdadera, si hay alguna que lo sea; y lo segundo: si no hay mas que una religion verdadera, es imposible á los hombres distinguirla. Esto es lo que dice Rousseau en términos formales. ¿Cómo se puede ya dudar á vista de esto de la excelencia del método en el raciocinio?

« brá en su vejez á que se ha de atener, y no
 « será poco, si logra conocer antes de morir el
 « culto en que debió vivir ¹ ».

Si cada uno está obligado á buscar la Religion verdadera por su sola razon, esto es indudablemente lo que sucederá ^{*}, y Rousseau no podia

¹ Emilio, libro IV.

^{*} Celso queria como Rousseau no se admitiera algun dogma, antes que la razon le juzgase verdadero. Origenes refuta con mucha fuerza este peligroso principio de la filosofia epicurea. « Pues que la debilidad del hombre, » dice, « y las necesidades de la vida hacen impracticable este medio para la muchedumbre, ¿ podia imaginarse uno mas seguro, que el escogido por Jesus? Preguntemos á ese pueblo fiel, en otro tiempo sumergido en el cieno de los vicios, lo que le era mas ventajoso, ó corregirse, creyendo sin exámen, que algun dia tendria el vicio su castigo, y la virtud su premio, ó esperar para mudar de vida, con desprecio de la fe sencilla, hasta que hubiese profundizado los principios de la doctrina que se le anunciaba. Es claro que á excepcion de un pequeño número, ninguno de ellos habria llegado á fuerza de razon, donde la fe sola los ha conducido á todos, sino que hubieran quedado envueltos en sus desórdenes..... Por esta fe simple, contra la que nuestros adversarios se esfuerzan á clamar, confesamos que no dejaremos de inculcarla, convencidos de su necesidad para un gran número de hombres, que no podrian abandonarlo todo, por aplicarse á la investigacion de la verdad. Nuestros mismos filósofos no obran de otro modo pero se guardan muy bien de convenir en ello. » (ORIG. *contr. Cels.*, lib. I, n. 9 y 10.) Por lo demas, es digno de notar, que des-

hacer mas palpables los inconvenientes, mas clara la extravagancia del sistema que defiende. Figuraos un apóstol de este sistema, penetrado de su importancia, y lleno de celo por su propagacion. Héle aquí, corriendo de ciudad en ciudad, de choza en choza; dirige á cuantos encuentra, sean ricos, pobres, sabios ó ignorantes, este discurso patético.

« Hasta ahora habeis creído en ciertos dogmas, en ciertos preceptos que, á lo que entiendo, pueden ser verdaderos ó falsos, buenos ó malos; pero que en ningun caso debisteis admitir por la autoridad de vuestros padres y de vuestros pastores. Daos prisa por tanto á sujetar al exámen de la razon todo cuanto os han enseñado desde la niñez. Suponed por un momento que nada creéis, que nada sabeis, y para saber, racionad y concebid antes de creer. La fe se asegura y afirma por el entendimiento.

pues de haber sentado el mismo principio que Rousseau. Celso saca la misma consecuencia. Segun él, « todos los pueblos no podrian hacer cosa mejor, que observar exactamente sus leyes, sus usos, su religion, sus ritos, sean los que fueren. » *Ibid.*, lib. V, n. 25.

« Por consiguiente subiendo á los primeros principios de las cosas, examinaréis antes que nada si hay alguna cosa; por que hay alguna cosa; si sois ó existis, y lo que sois, y si fuera de vosotros hay algunos otros seres. De aquí pasaréis á la gran cuestion de la existencia de Dios; os preguntaréis á vos mismo: ¿Quién es? ¿dónde está? Y vuestro espíritu se confundirá, y se descarriará y no sabréis que pensar. En seguida volviendo á vosotros mismos será conveniente examinar si teneis un alma; porque si por casualidad no la teneis, esto abreviaría mucho vuestras indagaciones acerca de la Religion, la que al cabo no interesa mas que el estado futuro de esta alma problemática. Pero

« ¿Por qué hay alguna cosa? Terrible cuestion, » dice d'Alembert, « y acerca de la cual los filósofos no han llegado todavía á asombrarse lo bastante. » (*Mélanges de Philosophie.*) — Diderot hace la misma reflexion: « La pregunta por qué existe alguna cosa es la mas embarazosa que podia proponerse la filosofía, y no hay sino la revelacion capaz de responder á ella. » (*De l'Interpretation de la Nature*, pág. 144.) — Platon se hace una pregunta semejante: « ¿Por qué el autor de todas cosas hizo el universo? » Su respuesta nos parece sublime: ἀγαθός τις, *él era bueno.* PLATON. *In Tim., Oper.*, tom. IX, p. 505. Edic. Bi pont.

« el sistema mas sencillo es que no hay tal alma,
 « y aun cuando la hubiese, la razon puede dudar
 « de su inmortalidad. Con todo, como, por lo
 « que hace á mi, yo admito la existencia de Dios
 « y la del alma, inmortal ó no, presumo que la
 « admitiréis tambien. ¿ Pero qué consecuencias
 « se deben deducir? ¿ Qué mas hay que creer?
 « ¿ Dios ha impuesto obligaciones al hombre?
 « ¿ Cuáles son? Esto es sobre lo que es necesari-
 « o ratiocineis de nuevo. Habeis nacido cris-
 « tianos, yo tambien; pero este es un nuevo mo-
 « tivo para que desconfiemos de todo lo que se
 « nos enseñó en nuestra niñez. Así, insisto y os
 « digo otra vez, ratiocinad y examinad. Os con-
 « fieso que la magestad de las Escrituras me asom-
 « bra, la santidad del Evangelio habla á mi cora-
 « zon. Con todo, este mismo Evangelio está lleno
 « de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la
 « razon y que es imposible á todo hombre sensato
 « concebir ni admitir¹. Sobre todo, vosotros juz-
 « garéis: porque ¿ qué se os puede decir de que
 « vosotros al fin no haya's de ser los jueces? Pero

¹ Emilio, libro IV.

« no olvideis este punto esencial. Entre tantas re-
 « ligiones diversas que reciprocamente se proscri-
 « ben y se excluyen, una sola es la buena si hay
 « alguna que lo sea. Para reconocerla no basta
 « con examinar una, es preciso examinarlas todas;
 « es preciso comparar las objeciones con las pue-
 « bas; es preciso saber lo que opondrá cada uno á los
 « demas y lo que les responde¹. Dando pues de
 « mano á cualquiera otra ocupacion, porque na-
 « die está exento de la primera obligacion del hom-
 « bre, nadie tiene derecho para fiarse en el juicio
 « de otro; formad bibliotecas, sentaos despacio y
 « leed. Decis que no sabeis leer, pues aprended,
 « no hay otro remedio. Y despues, cuando ha-
 « yais leído algunos millares de libros en la len-
 « gua en que originariamente se escribieron;
 « porque quien os podrá asegurar que estos libros
 « están traducidos fielmente, ni aun que es posible
 « lo estén²? despues de esto, digo, corred de
 « pueblo en pueblo, de reino en reino, averiguan-
 « do en cada lugar las tradiciones, el sentido, los

¹ Emilio, libro IV.

² Ibid.

« usos, las preocupaciones que forman el espíritu
 « de la creencia, que es indispensable unir á esta
 « para juzgarla ¹. Y cuidado con no pasar por
 « alto el aduar mas obscuro, ni el rincón mas
 « pequeño de la tierra habitada; no se debe con-
 « denar sin oír, y allí puede ser que esté la ver-
 « dad. De muy buena gana, si esto fuese posible
 « acortaría yo y aligeraría vuestros viages. Pero
 « bien conocéis que es necesario de toda necesidad
 « que corráis la Europa, el Asia, la Palestina,
 « para examinarlo todo por vuestros mismos ojos,
 « y, solo siendo rematadamente locos daríais oído
 « á nadie antes de esto ². Si esto os parece largo
 « y molesto, no sé que se pueda hacer. También
 « os advierto, que al menos la mayor parte de
 « vosotros perderán ciertamente los pasos que
 « den, los costos del viage y sus racionios.
 « Con mucho trabajo aquel que haya gozado de la
 « salud mas robusta, empleado mejor su tiempo,
 « usado mejor de su razón, vivido mas años, sabrá
 « en su vejez á que se ha de atener, y no será po-

¹ Emilio, libro IV.

² Ibid.

« co, si logra conocer antes de morir el culto en
 « que debió vivir. Confieso que esto es un poco
 « molesto, y que despues de haber examinado,
 « y corrido el mundo por espacio de cincuenta ó
 « sesenta años, quisiera uno en sus últimos días,
 « descansar en una creencia fija y cierta. Sin em-
 « bargo no os desanimeis por esto, permaneced
 « firmes en los verdaderos principios; leed, ra-
 « ciocinad, viajad. Si intentáis suavizar este méto-
 « do, y dar la menor cabida á la autoridad de los
 « hombres, al punto se lo abandonáis todo ¹.

¿Quién creyera fuese posible burlarse hasta
 este punto de los primeros intereses de un ser
 inmortal; que se pudiese bajar, y con orgullo, á
 esta profundidad de insensatez? Pero era neces-
 sario que la razón, en el momento en que se de-
 claraba soberana, se mostrase tan imbécil que
 causase lástima á un niño nacido apenas á la in-
 teligencia.

La Religión es una ley, y la primera de todas
 las leyes. El error de los deístas consiste en no
 ver en ella mas que una opinión; y este error

¹ Emilio, libro IV.

que se extiende como una espesa sombra sobre el entendimiento humano, no es mas que un desarrollo del principio fundamental de la Reforma.

Así como entre los antiguos, cuando la razon abandonó la tradicion universal ó dejó de obedecer la autoridad del género humano, se vió aparecer una multitud innumerable de sectas que negaron sucesivamente todos los dogmas y todas las obligaciones¹, del mismo modo, algo mas tarde, cuando ciertos hombres abandonaron la tradicion del Cristianismo, ó dejaron de obedecer la autoridad de la Iglesia católica, nacieron innumerables sectas unas de otras, y negaron sucesivamente todos los dogmas y todas las obligaciones.

Quebrada la regla de fe, fué necesario buscar otra, fué preciso indagar y saber como los hombres, en medio de tantas doctrinas diversas, reconocieran la verdadera, como llegarían á asegu-

¹ *Sunt non nullæ disciplinæ, quæ propositis bonorum et malorum finibus, officium omne pervertunt.* CIC. *De Officiis*, lib. I, cap. II, n. 5.

rarse de que eran cristianos. Algunos, como hemos hecho ver, imaginaron la regla del sentimiento, que abandonaron muy pronto por su extravagancia y peligros. No quedó ya mas que la razon, y cada hombre se vió obligado á remitir á la suya el juicio de todas las cuestiones controvertidas y confiarla su suerte eterna. Decir que tenían por regla la Escritura era olvidar que esta como todo lo demas estaba sometida á su juicio; que debía examinar por sí mismo la autenticidad, la inspiracion y que finalmente él venia á ser el único intérprete*. Esto es lo que Bossuet con toda la fuerza de su lógica aterradora, no cesaba de hacer palpable á los protestantes: « Cada uno, » decia, « se ha formado en sí mismo

* Así aquellos protestantes que conocieron mejor las consecuencias de su doctrina, se vieron obligados á sostener, « que los libros de la Escritura no son el objeto de su fe, y que un hombre puede salvarse sin creer que estos libros son la palabra de Dios. » *The books of Scripture are not the objects of our faith,.... and a man may be saved, who should not believe them to be the word of God.* (CHILLINGWORTH. *Relig. of Protest.* c. II.) Hemos citado en otras partes estas palabras del mismo escritor: « La Biblia, la Biblia sola es nuestra Religion. » Así, según él, la Biblia es toda la Religion, y es posible salvarse, sin creer en la Biblia.

« un tribunal, y en él se ha declarado árbitro de
 « su creencia: y aun cuando los novadores ha-
 « yan querido al parecer contener los espíritus,
 « ciéndolos en los límites de la Santa Escritura,
 « como esto no ha sido sino con la condicion de
 « que cada fiel será su intérprete,..... no hay
 « particular que no se crea autorizado por esta
 « doctrina para adorar sus invenciones, consa-
 « grar sus errores, y llamar Dios todo lo que
 « piensa¹. »

La Reforma lo conocia bien. Así mientras que retuvo algunas verdades, bregó contra su propio espíritu, no quiso confesar tenia por su guía la razon que, dominándola á pesar de su resistencia, la arrastraba para sepultarla viva en el abismo de la irreligion. Se habia establecido al hombre por juez de la fe, y la fe desaparecia. Se le habia dicho: Examina; y ninguna doctrina resistia á este exámen. Se caminaba velozmente por una senda cubierta de destrozos, para llegar á la última ruina, á la del mismo Dios. Se horrorizó entonces la Reforma de las consecuencias

¹ *Oraison funebre de la reine d'Angleterre.*

de sus máximas, y se vió á sus gefes enseñar que la discusion no es necesaria ni á aquellos que están ya en la Iglesia, ni á los que quieren entrar en ella; y que ellos no pueden aconsejarla ni á los unos ni á los otros². Jurieu añade tambien en términos formales que un *hombre simple no es capaz de esto*³; y todavía mas expresamente: *Este camino para hallar la verdad no es el del exámen; porque yo supongo con Mr. Nicole que es absurdo, imposible, ridiculo, y que excede enteramente el alcance de los simples*³.

Se lee muchas veces la misma confesion en un gran número de teólogos protestantes. No citaremos mas que al Dr. Balguý archidiacono de Winchester, y uno de los escritores mas distinguidos que la iglesia anglicana ha producido en estos últimos tiempos. « Las opiniones del pueblo, » dice, « están y deben estar fundadas en la autoridad mas que en la razon. Los padres, los maestros, los superiores determinan en gran

¹ *Le vrai Syst. de l'Eglise*, lib. II, c. xxii, p. 401, 405 y sig.

² *Ibid.*, lib. III, c. v, p. 472.

³ *Ibid.*, lib. II, cap. xiii, p. 357.